



BLOQUE7AL1

## Cuba. Recuerdos y reflexiones personales sobre la Zafra de los 10 millones

Por **José Ramón Fabelo Corzo**Publicado el **30 Ene, 2021**

El propósito de producir en Cuba este año 100 millones de dosis de la vacuna Soberana 02 contra la Covid-19 ha provocado que algunos asocien esta meta productiva con aquella que tuvimos los cubanos hace poco más de 50 años de producir 10 millones de toneladas de azúcar. La asociación ha tenido no pocos críticos, porque en el imaginario prevaleciente, sobre todo de los más jóvenes, aquella contienda culminó en un rotundo fracaso.

Me atrevo a pedirle una licencia a los más jóvenes para, si me lo permiten, narrarles una experiencia personal. Yo viví muy sentidamente aquella campaña del 69-70, en la que la consigna “¡Y de que van, van!” se convirtió en parte de nuestra cultura, de la cotidianeidad, de la vida misma. Hasta las cartas personales terminaban con la frase.

Yo tenía 13 años y estaba en los *Camilitos*<sup>1</sup> de Matanzas. Nos llevaron a cortar caña, no recuerdo si por dos semanas o por tres. Del campamento al campo de corte íbamos cantando las canciones de los Van Van, nacidos precisamente al calor de la campaña y a la que le deben su nombre. Nuestro héroe por aquel entonces no era Batman, era Reinaldo Castro, el machetero millonario del que siempre escuchábamos hablar. Ya cortando caña nos decíamos: es imposible que ese hombre corte tanto... ¿Cuánta caña habré cortado yo? Siempre me quedó esa duda. Pero recuerdo que era bien poquita. Bueno, tal vez la necesaria para producir un kilogramo de azúcar. Así y todo, me sentía partícipe de una gran gesta heroica. Estaba orgulloso. ¿Y les digo algo? Todavía lo estoy.



De regreso a los *Camilitos*, y sin yo entender bien por qué, el sargento jefe de la compañía me lleva a la enfermería porque el overol me picaba. Allí me dijeron: “No es el overol, es usted que tiene sarna”. Bueno, la verdad, no me dijeron así, me dijeron que tenía “escabiosis”. Lo de la sarna lo aprendí cuando mis padres, hablándome bajito casi al oído, me tradujeron lo que decía el papelito del médico después que este me mandó a mi casa por dos semanas para que me recuperara. Claro, en el campamento cañero dormíamos en hamacas de saco y la sábana de la mía siempre amanecía en el piso. Allí agarré la famosa “escabiosis”.

Pero lo de la sarna, la verdad, me tenía sin cuidado. Al llegar a mi casa yo estaba feliz. Los pases en los *Camilitos* de Matanzas por aquella época eran cada 15 días, del mediodía del viernes al domingo a las 7 de la noche. Pasarme 15 días en casa era lo máximo. Rápidamente mi padre sacó un catre quien sabe de dónde y me pasé las dos semanas frente al televisor viendo los juegos de pelota de una de las mejores series nacionales de béisbol que yo he seguido (y las he seguido todas desde que tengo uso de razón): la Serie de los 10 Millones. Qué manera de disfrutar con los jonrones de Marquetti y compañía (yo vivía en Matanzas, pero había nacido en La Habana, de ahí que siguiera siempre a los equipos de la capital –Industriales, Habana, Constructores-).

De aquella época data el inigualable e inolvidable estilo de narración beisbolera de Bobby Salamanca: “¡Azúcar, abanicando! Chic, chic, chic. Tres golpes de mocha y lo tiró pa’la tonga”. Así narraba Bobby, por ejemplo, el ponche que el pitcher le daba al bateador. Eso lo hacía siempre. Pero la narración más inolvidable fue aquella del último out del Campeonato Mundial de Béisbol de República Dominicana de 1969,

cuando Cuba se enfrentaba a Estados Unidos por la medalla de oro: “Preparado el Curro, listo en el box, bateando Larry Douglas, preparado el pitcher, ahí lanza, ¡azúcar, abanicando!, chic, chic, chic, ¡Cuba es Campeón Mundial!... ¡Tiró pa’la tonga al equipo norteamericano!” Aquel equipo cubano fue a ese campeonato mundial con el espíritu de los 10 millones, a hacer lo imposible..., y lo consiguió.

Así fueron los años 60, llenos de idealismo, de romanticismo, de utopía y también de creatividad, de frescura, de espontaneidad, de confianza plena en nosotros mismos, en nuestras propias fuerzas y en Fidel. Nada nos parecía imposible.

“Fidel no puede haberse equivocado. Los diez millones van”, así pensábamos todos cuando leíamos en la prensa la diferencia que cada vez se ensanchaba más entre el plan de zafra para un día dado y lo que en verdad se había producido hasta ese día. Aunque los hechos eran tozudos, todos esperábamos que Fidel arreglara por fin aquellas cuentas e hiciera coincidir realidad con plan.

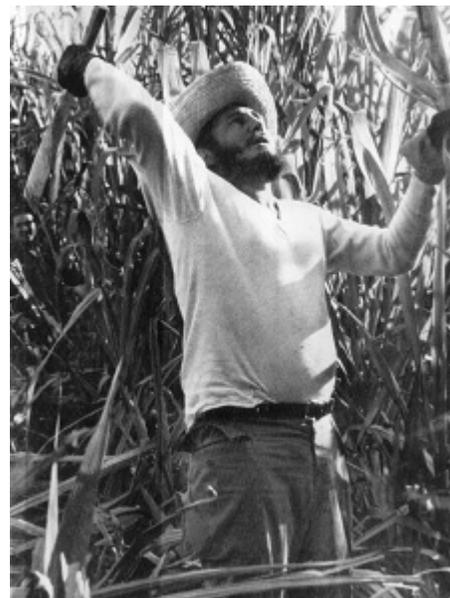
Tanta confianza le tenemos a Fidel que, cuando aquella noche del mes de mayo de 1970 él dijo que los 10 millones no iban, todos los camilitos, que estábamos sentados en la explanada escuchando su discurso, nos miramos pícaramente los unos a los otros y nos dijimos: “está jodiendo, es una broma suya”. Momentos antes habían hablado en el acto varios pescadores que estuvieron secuestrados por terroristas de Miami, habían resistido, según sus propios testimonios, con el espíritu de los 10 millones, y ahí estaban, de regreso y cargados de dignidad. Todos los que hablaron cerraron sus palabras con la misma frase: “¡Y de que van, van!”. No nos parecía lógico que en el mismo acto todos dijeran que los 10 millones irían y que nada menos que Fidel viniera a decir que no iban. Tenía que estar bromeando.

El discurso siguió, Fidel se autocriticaba, nos fuimos poniendo serios. Al terminar, nos retiramos todos a dormir en silencio, tristes. Recuerdo muy bien lo impactado que estaba, subí a mi litera y no podía dormir. “¿Qué podía haber pasado? Fidel no se equivoca.” Sólo pude conciliar el sueño cuando a mi mente llegó un pensamiento de alivio: “Está fuera de liga Fidel. Se echó la culpa que era de nosotros. Teníamos que haber cortado más caña”.

No llegamos a los 10 millones, nos quedamos en casi 8 y medio. No se cumplía con lo planificado, aunque se había roto un record histórico. La zafra de los 10 millones puso fin a aquella prodigiosa década, idealista, romántica, hermosa, muy hermosa. El resultado fue aleccionador, sin dudas. A partir de ahí nos pusimos más serios, más científicos, estudiábamos más economía política y aprendimos a planificar mejor, aunque los planes en su mayoría seguían sin cumplirse. Ya no hubo más zafras de los 10 millones, pero tampoco hubo de 8 y medio. Ya no fui más a cortar caña, cada

uno se fue especializando en lo suyo. Lo mío era estudiar, en la Universidad de La Habana, primero, en la Unión Soviética, después. La dirigencia económica del país se llenó de tecnócratas que, con libros y calculadoras, lo resolvían todo desde un buró.

El caso es que el país no había progresado todo lo que podría esperarse, a pesar de que contábamos con la “siempre incondicional solidaridad de la Unión Soviética y del campo socialista”. Al final de los 70 e inicios de los 80 nos dimos cuenta de que en verdad habíamos tenido muchos menos cambios trascendentales en esa última década en comparación con aquella primera que cerró con la que en apariencia había sido la infructuosa zafra de los 10 millones. Era bastante obvio que, a pesar de los errores, los años 60 se correspondían con eso que Mariátegui habría llamado “creación heroica”. Mientras que los 70 fueron más de “calco y copia”.<sup>2</sup>



El propio Fidel, quien en los años 70 siguió empeñado en echarse la culpa de la frustración de la zafra de los 10 millones y había por eso cedido espacio a “los que sabían”, esos que venían cargados de diplomas de la URSS, se percató, en la primera mitad de los 80, que ese no era el camino correcto. Encabezó entonces el “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” que buscaba realizar una especie de negación de la negación, rescatando mucho de aquello que se había pretendido enterrar –junto con la zafra de los 10 millones– en una especie de pasado superado, no repetible y hasta bochornoso.

El proceso de rectificación pronto se vio interrumpido y frustrado por el derrumbe de socialismo en Europa y la desaparición de la URSS, así como la entrada de Cuba en el Período Especial. Pero algo hay que decir: aquel espíritu de pretender lo imposible para que lo en verdad realizado se acerque a los límites máximos de lo posible, volvió a impregnarse en nuestro líder histórico. Arrojado en él fue capaz de presagiar que Cuba seguiría su camino al socialismo el día que la Unión Soviética desapareciera.

Y eso era otro “imposible” que se hizo posible porque volvimos a ser idealistas, soñadores, utópicos, porque nos fuimos más allá de los libros, de las teorías, porque volvimos confiar en nosotros mismos y en Fidel.

Que Cuba produzca 100 millones de vacunas en este año puede ser otro imposible. ¿En qué libro teórico de filosofía o ciencias sociales podemos encontrar la respuesta a cómo un país, que ha sufrido simultáneamente dos pandemias, la del Coronavirus

y la de Trump, que ha tenido que enfrentar el mayor acoso imaginable, con desabasto extremo, con cierre casi total de fronteras, siendo una isla pobre y bloqueada, pueda tener a esta altura 4 vacunas en distintas fases de ensayo y, de ellas, una que en par de meses debe estarse produciendo masivamente? Ello puede sólo lograrse “a timbales” (y a “vagina”, para que no me critiquen), como han sido todos nuestros logros, porque lo hemos hecho con el espíritu de que las cosas van porque tienen que ir, porque queremos que vayan.

Si acaso no llegáramos a producir los 100 millones de dosis, si nos quedáramos en 85 millones, ¿concluiremos que, por ello, el proceso fue un fracaso o un resultado funesto?

Con perdón de los que puedan estar en desacuerdo, a mí que no me quiten de mi memoria la zafra de los 10 millones, que no me quiten mi contribución de un kilogramo de azúcar, que no me quiten la sarna de la que orgullosamente les he contado.

Para mí aquellos 10 millones fueron, aunque no hayan ido. Y ahora los 100 millones irán, aunque no lleguen.

¡Y de que van, van!

1 Así se identificaban desde entonces en Cuba las Escuelas Militares Camilo Cienfuegos, en las que estudiaban adolescentes desde el séptimo grado (primero de secundaria) con el propósito de formarlos como futuros oficiales de las Fuerzas Armadas.

2 Escribía el destacado marxista peruano en 1928: “no queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano” (José Carlos Mariátegui, “Aniversario y Balance”, Amauta, 1928, No. 17, pp. 2-3).